

KLAUS DROSTE

LA PALABRA PATERNA

Prólogo de Dr. Antonio Amado

Presentación de Dr. Alejandro Serani Merlo

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

2013

ÍNDICE

- Prólogo
- Presentación
- Cuerpo de un ser personal
- Varón y mujer
- Ser espiritual y el conocimiento de sí mismo
- El conocimiento que el alma tiene de sí misma
- Paternidad y educación
- Tipos de amor y algunos efectos
- La amistad
- La palabra interior en la comunicación de la vida personal
- Las dimensiones vitales de la vida humana
- Los géneros de vida y la felicidad
- La contemplación humana
- Preponderancia de los hábitos
- Perseverancia e incontinencia
- El padre, luz amorosa para el orden interior
- La raíz de la justicia
- Perfección del acto de ser
- La perfección como emanación íntima
- El maestro como la más perfecta imitación de la Bondad
- El padre como maestro por excelencia
- La enseñanza del padre brota de su orientación vital
- El padre y el hábito de mirar a la persona

PRÓLOGO

Todo lo que refiere a nuestro origen tiene siempre el doble carácter de fundamento e intimidad. La sucesión de las generaciones humanas, aún rodeada de accidentalidad y contingencia, parece dotada de una estabilidad y firmeza que se impone a las circunstancias materiales o históricas y que proyecta la posibilidad de la permanencia del hombre a la par que su dominio del mundo. No todo hombre es o será padre, pero constitutivamente todos somos hijos y por ello a la razón de paternidad se puede reducir como a su principio todo lo que se desarrolla en la vida de los seres humanos. No en vano la fe católica señala que si por el pecado de Adán todos fuimos constituidos pecadores es porque previamente Dios quiso otorgarnos todos los dones en nuestro primer padre.

La Filosofía aspira a desarrollarse como saber del fundamento y, por ende, el tema de la paternidad le pertenece de una manera peculiar, aunque todavía insospechada. Quizás la búsqueda de los principios reducida a la línea de la esencialidad y necesidad de nuestros juicios haya ocultado el carácter de primacía del viviente personal en el orden de la verdad y del bien. Sin embargo, es mérito de la presente obra mostrar la connatural cercanía entre la razón de la paternidad y el más genuino pensamiento metafísico. A la luz de la comprensión del ser como acto se desarrolla espléndidamente la consideración de las perfecciones trascendentales de vivir y entender para mostrar, desde la comunicatividad y difusividad propia del acto y de lo perfecto, la razón de ser de toda paternidad y su carácter de fundamento en la existencia humana.

La obra del destacado profesor Klaus Droste llega así a caracterizar la que indudablemente es la acción humana de máxima universalidad en el orden de la causalidad: la palabra paterna. Para la comprensión del carácter singular de esta palabra orientadora de toda vida humana, el autor asume lo más genuino del pensamiento de San Agustín y Santo Tomás y elabora una síntesis notable que muestra el vínculo entre la generación paterna y la palabra que desde un lenguaje íntimo y vital comunica al hijo.

La realización de aquello que pertenece esencialmente a la paternidad en la vida humana, exige una atención minuciosa a las dimensiones propias del hombre. La paternidad humana incluye dentro de sí la corporeidad y la sexualidad, así como todas las facultades sensibles y espirituales del hombre y también el núcleo radical y originario de la autoconciencia. La palabra paterna humana es palabra de un viviente dotado de corporeidad, sensibilidad, afecto, capacidad de conocer la verdad y libertad. Enraizada la generación en la perfección y plenitud del vivir humano con sus dimensiones biológicas y materiales, exige no obstante, por su propia índole, terminar en una emanación íntima y expresiva de la verdad de aquella plenitud vital y abierta a la trascendencia en la palabra dirigida personalmente al hijo.

Todo padre humano es también hijo, y en su palabra se guarda la memoria de su propio origen que refiere últimamente a un fundamento trascendente y absoluto. Cada padre sabe en la generación de su hijo que siempre existe en el nuevo ser algo que no se puede reducir a sus progenitores. Las leyes de la naturaleza que posibilitan la generación de un hijo participan así de una acción anterior y divina que permite la creación de cada alma humana. Ahora bien, toda comunicación se da en razón de lo perfecto y bueno. El acto que comunica el bien es amor difusivo. La palabra paterna es palabra amada. La relación entre el amor de los padres y la palabra que refieren al hijo es esencial así como la cercanía e interioridad de este con ellos mismos. El lenguaje paterno en su profundidad y vitalidad, cercanía y ternura, al tiempo que orienta la vida del hijo genera también en este una respuesta íntima e integradora de la singularidad de su existencia: ¡padre! ¡abba! La intensidad de la vida humana auténticamente vivida y lograda es inseparable de la toma de conciencia de nuestro carácter de hijos y del don originario y fundante de nuestro ser. “Guarda, hijo mío, el mandato de tu padre y no desprecies la lección de tu madre (...) en tus pasos ellos serán tu guía; cuando te acuestes, velarán por ti; conversarán contigo al despertar” (*Proverbios 6, 20-22*).

No corresponde ofrecer aquí un resumen de la obra ni dar indicaciones para su lectura provechosa. La simple invitación a la lectura es quizás lo que menos desdibuja las excelentes páginas que inmerecidamente prologamos. Eso sí, lectura pausada,

meditada y profunda. Lectura que posiblemente nos conducirá al origen con nueva luz y a un renovado amor a nuestros padres.

Dr. Antonio Amado

PRESENTACIÓN

Hay algo peor que ignorar, y esto es: ignorar que se ignora. Vivimos actualmente de cara al futuro, privándonos de la sabiduría del pasado. No por desprecio, simplemente por ignorancia.

Los seres humanos somos seres de cultura y la cultura se transmite, de una generación a otra, por asimilación y regeneración creativa. La mera repetición acrítica no conserva la cultura ni la hace crecer. Más bien la congela, la rigidiza y la traiciona.

La obra de Klaus Droste se instala en una tradición de pensamiento que contiene inmensas virtualidades todavía desconocidas e inexploradas. Para explotar esas virtualidades es necesario conocer la tradición, asimilarla y ser capaz de hacerla revivir en la mente y en el corazón. Esta tarea no es fácil. El autor se ha empapado de esta tradición al alero de una escuela viva de pensamiento; la ha asimilado y ha intentado llevarla a la práctica en su vida académica, profesional y familiar.

Sin alardes de originalidad ni de erudición, el autor pone en juego su doble competencia, psicológica y filosófica, para instruirnos acerca de un tema que a nadie le es ajeno: la paternidad y la filiación. El esfuerzo que la lectura de este libro exige del lector, se paga con creces con los frutos intelectuales que él procura.

Conozco pocos libros en los que -como en este- se conjugue de manera tan armoniosa la fidelidad a una tradición bien asimilada, con una aplicación fresca e inteligente a interrogantes de nuestra época y de toda época.

Dr. Alejandro Serani Merlo
Facultad de Medicina-Instituto de Filosofía
Universidad de Los Andes

Cuerpo de un ser personal

El ser humano es un ser corpóreo y, como tal, su cuerpo es signo visible de muchos de los atributos que le corresponden por naturaleza. Es especializado en diversos aspectos; sin embargo, al compararlo con el de otro animal, nos daremos cuenta de que el suyo es más bien inútil¹, pues no posee una especialización respecto del medio en el cual habita. En este sentido, podríamos decir que es desespecializado.

El cuerpo animal se encuentra morfológicamente configurado para responder a las exigencias del medio. Su estructura física está ordenada a que pueda procurarse el alimento, huir de los depredadores y sobrevivir a un determinado clima. El cuerpo de una jirafa, por ejemplo, se explica fácilmente al considerar que obtiene su alimento de la copa de los árboles. Se aprecia así que es un cuerpo orientado al medio y que manifiesta esa exterioridad propia de cualquier ser meramente sensible. Los elefantes, que se alimentan de las hojas en el interior de los bosques, necesitan salir en busca de cierto barro que se encuentra bajo un sedimento sobre el cual se acumula el agua en los charcos formados por las lluvias, porque ese barro disuelve las toxinas liberadas por las hojas de las cuales se alimentan. La trompa del elefante es un instrumento óptimo para realizar esta operación. Cosas semejantes ocurren con el cuerpo de todo animal, y cuanto más básico en la escala de los animales tanto más radical es su grado de especialización y de dependencia con su hábitat.

Los animales tienen hocico, que es como una protuberancia hacia el exterior, orejas puntiagudas muchos de ellos y se desplazan en cuatro patas o muy encorvado hasta el más hominizado de todos. La complexión física muestra una inclinación hacia afuera del mismo cuerpo. Es una materia que se configura según algo que desde fuera le determina. Pensemos en un cocodrilo. Su enorme quijada, la forma de su cuerpo, su piel, todo responde a su entorno y su sustento. Se necesita de su alimento para comprender por qué no tiene extremidades como las del flamenco. El tiburón blanco, por su parte, posee una potencia física y una estructura morfológica que le permiten

¹ Cfr. San Agustín, *De civitate Dei*, L. XXII, 24, 4.

competir con la agilidad y velocidad de las focas a las que debe capturar para sobrevivir. Ambos se encuentran físicamente dispuestos para capturar.

Todo en el animal irracional se ordena a tener un conocimiento sensible que asegure la sobrevivencia del individuo y de la especie. Ello explicaría que algunos tengan sentidos externos tan agudos con la finalidad de asegurar una adecuada adaptación a su ambiente. Es evidente que el surgimiento de las especies animales responde a la evolución, a la radiación, al aislamiento geográfico y a la mutación. Son, sin duda alguna, cuerpos adaptados.

Respecto de la corporeidad humana, la conclusión es disímil, pues su desespecialización denota que está por sobre el medio. Tanto es así que los esquimales tienden a tener menos vello corporal que hombres que viven en latitudes más cálidas, a pesar de que ningún animal pueda sobrevivir ahí sin una gruesa capa de grasa y abundante vello. Incluso, el hombre puede tomar el mismo hielo y transformarlo en hogar, en fuente de calor o en refugio. ¿Cómo ocurre esto? Tales paradojas se resuelven apreciando lo que manifiesta su misma constitución física.

El ser humano posee manos, instrumento de instrumentos², porque a través de ellas es capaz de fabricar utensilios según sus necesidades. Por otro lado, la articulación de mano y cerebro le brinda un sinnúmero de posibilidades que le permiten, por ejemplo, procurarse el abrigo, teniendo un cuerpo desprovisto de modo natural del necesario.

Los animales huyen del fuego, pasando a ser un elemento circunstancial del cual dependen sus desplazamientos. El hombre, en cambio, además de no temerle, como los demás animales, gracias a sus manos se lo puede procurar, mantener y llevarlo consigo. Más aún, determina su existencia porque puede extinguirlo y encenderlo. Este dominio que tiene sobre el fuego está dado por su interioridad, propia de un ser personal e inteligente³. La interioridad se nos revela si se analiza el sentido del tacto, su unión con los demás sentidos y, en el caso del hombre, su

² Cfr. Aristóteles, *De anima*, L.II, c.8, n.2.

³ Cfr. *Ibidem*.

conexión con la inteligencia. Únicamente, el hombre se deleita con las cosas sensibles que estimulan los sentidos distintos del tacto consideradas en sí mismas; los demás animales se deleitan con ellas en la medida en que se vinculan al tacto⁴. Por eso, el lobo no se deleita en la visión del cordero sino en cuanto se come, pero el hombre sí puede deleitarse al contemplar la belleza del cordero en cuanto a su belleza estética.

El hombre tiene también un rostro. Si tomásemos arcilla y moldeáramos el rostro humano, tendríamos que quitar material y formarlo más hacia el interior, mientras que a la cara de un animal se le debe dar volumen hacia afuera. Asimismo, la corporeidad humana tiende hacia adentro y manifiesta ese “interior humano”. En las obras de arte se suele representar a los animales comiendo, buscando, desplazándose o reposando; en las representaciones humanas es más común ver al hombre replegado sobre sí mismo, ya sea pensando, contemplando o comunicándose inteligentemente. Además, los animales no contemplan como el ser humano, sólo miran.

Otra característica llamativa tiene que ver con la postura física: el hombre se encuentra erguido, en actitud de superioridad; su complexión y su equilibrio le brindan una gracia y prestancia que le separan de cualquier otro cuerpo vivo. Por lo mismo, si se viese solo entre todos los demás cuerpos, experimentaría su soledad reconociéndose como un cuerpo diverso en medio de otros cuerpos⁵, porque se trata de uno más noble que cualquier otro. El humano es el cuerpo más noble, porque es el más perfecto⁶, aunque constatemos con frecuencia que hay animales más ágiles, más veloces o con sentidos más agudos⁷. ¿Cómo sucede esto si es el cuerpo más perfecto? Tales atributos no constituyen necesariamente signos de mayor perfección, aunque cabe mencionar respecto de los sentidos externos que el hombre posee un tacto más perfecto que los demás animales⁸. Pero, aun cuando fueran todos sus sentidos externos inferiores, los supera en cuanto a los sentidos internos, que son más perfectos que los externos. Es más perfecto, a pesar de las desventajas en la agudeza

⁴ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q.35, a.2 ad.3.

⁵ Cfr. Juan Pablo II, *Audiencia General*, 14, mayo, 1980.

⁶ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.91, a.3.

⁷ Cfr. San Agustín, *De libero arbitrio*, L. I, n.55.

⁸ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.91, a.1 ad.1.

de algunos sentidos externos, la agilidad o la velocidad de sus movimientos, porque goza de la razón⁹.

Sabemos que es perfecto aquello a lo que no le falta nada. No obstante, vemos que el cuerpo humano carece de muchos atributos que el cuerpo de otros animales sí tiene, por ejemplo, mayor abrigo natural o armas que aseguran su supervivencia. A pesar de que esa observación es correcta, notamos que el hombre no necesita de tales atributos, porque gracias a su entendimiento puede utilizar sus manos para procurarse infinitos medios según sus necesidades¹⁰.

Se aprecia también que el hombre se encuentra más cerca de los animales que de las plantas en cuanto a su perfección física. Nos preguntamos, entonces, por qué su cuerpo no tiene una disposición más semejante a los animales que a las plantas, puesto que los primeros permanecen en posición horizontal y las segundas de modo vertical. Aquella verticalidad del hombre facilita la manifestación de lo específicamente humano: conocer y hablar. Tal condición permite que su rostro mire a la tierra y al cielo, abierto a todo lo sensible para descubrir la verdad. Mientras el hombre se deleita con la belleza del mundo por la belleza misma, los animales se limitan a mirar; no son capaces de contemplar.

He aquí lo que quiero explicar: cuando lo que hace al hombre superior a las bestias, llámese mente o espíritu o, con más razón, ambas cosas -ya que una y otra encontramos en los libros divinos-, domina en él e impera a todos los demás elementos de que consta el hombre, es entonces cuando este se halla perfectamente ordenado.

Es indudable, en efecto, que tenemos mucho en común, no sólo con los brutos, sino también con las plantas y semillas. Y así vemos que también las plantas, que se hallan en la escala ínfima de los vivientes, se alimentan, crecen, se robustecen y se multiplican; y que las bestias ven y oyen, y sienten la presencia de los objetos corporales por el olfato, por el gusto y por el tacto; y vemos -lo

⁹ Cfr. San Agustín, *De libero arbitrio*, L.I, n.56.

¹⁰ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.91, a.3 ad.2.

tenemos que confesar- que la mayor parte de ellos tienen los sentidos mucho más despiertos y agudos que nosotros.

Añade a esto la fuerza y robustez, la solidez de sus miembros y la celeridad y agilidad de los movimientos de cuerpo, en todo lo cual superamos a algunos, igualamos a otros y somos inferiores a no pocos. Tenemos, además, de común con las bestias el género al que pertenecemos. Pero, al fin y al cabo, toda la actividad de la vida animal se reduce a procurarse los placeres del cuerpo y evitar las molestias¹¹.

Toda su corporeidad sensible tiene como fin brindar al hombre el conocimiento de las formas sensibles para acceder, a partir de este, al conocimiento más pleno de la verdad. Así es como “los bienes externos se ordenan a los bienes del cuerpo, y éstos a los del alma: y los bienes de la vida activa se ordenan a los de la vida contemplativa”¹². Su misma corporeidad denota que se trata de un ser para la contemplación.

La verticalidad le fue conveniente al hombre por cuatro razones. En primer lugar, porque los sentidos le fueron dados no sólo para proveerse de lo necesario para vivir, como sucede en los animales, sino para conocer. De ahí que, mientras los animales no se deleitan en las cosas sensibles más que en orden al alimento y a los apareos, sólo el hombre se deleita en la belleza del orden sensible por la belleza misma. Así, porque la mayoría de sus sentidos

¹¹ Illud est quod volo dicere: hoc quidquid est, quo pecoribus homo praeponitur, sive mens, sive spiritus, sive utrumque rectius appellatur (nam utrumque in divinis Libris invenimus), si dominetur atque imperet caeteris quibuscumque homo constat, tunc esse hominem ordinatissimum. Videmus enim habere nos non solum cum pecoribus, sed etiam cum arbustis et stirpibus multa communia: namque alimentum corporis sumere, crescere, gignere, vigere, arboribus quoque tributum videmus, quae infima quadam vita continentur; videre autem atque audire, et olfactu, gustatu, tactu corporalia sentire posse bestias, et acrius plerasque quam nos, cernimus et fatemur. Adde vires et valentiam firmitatemque membrorum, et celeritates facillimosque corporis motus, quibus omnibus quasdam earum superamus, quibusdam aequamur, a nonnullis etiam vincimur. Genus tamen ipsum rerum est nobis certe commune cum belluis: iam vero appetere voluptates corporis, et vitare molestias, ferinae vitae omnis actio est. San Agustín, *De libero arbitrio*, L.I, 8, 18.

¹² Quorum bonorum exteriora quidem ordinantur ad ea quae sunt corporis; ea vero quae sunt corporis, ad ea quae sunt animae; et ulterius ea quae sunt vitae activae, ad ea quae sunt vitae contemplativae. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q.152, a.2 in c.

están en su rostro, los demás animales los tienen mirando el suelo, como para buscar comida y alimentarse; mientras que el hombre tiene el rostro erguido para que, por medio de los sentidos, sobre todo de la vista, que es el más sutil y percibe las diferencias de las cosas, pueda conocer abiertamente todo lo sensible tanto en el firmamento como en la tierra, en orden a descubrir la verdad¹³.

Pensemos otra cosa. Si el hombre fuera corvo, utilizaría sus manos para desplazarse de modo que estas no estarían disponibles para ejecutar otras operaciones. Si empleara sus manos como patas delanteras, tendría que tomar el alimento con la boca y poseería un hocico puntiagudo, labios duros y gruesos y una lengua áspera como los animales para no ser dañados al alimentarse. Todo aquello le impediría hablar, lo cual es propio del hombre que entiende y que expresa lo entendido en una comunicación fecunda hacia otro ser inteligente¹⁴.

Por otro lado, aun cuando el hombre se encuentra en posición vertical como las plantas, está a gran distancia de ellas. Pues su parte más sublime, la cabeza, mira a lo más sublime del mundo, y su parte inferior hacia lo inferior del mundo. En las plantas su parte más sublime, las raíces, se encuentra sumergida en lo inferior del mundo, y su parte más ínfima a lo más alto del mundo. Y los animales, por su parte, están en medio, pues lo más sublime en ellos, que es por donde se alimentan, y lo inferior en ellos, que es por donde evacuan, por lo general se encuentran a la misma altura¹⁵.

¹³ Ad tertium dicendum quod habere staturam rectam conveniens fuit homini propter quatuor. Primo quidem, quia sensus sunt dati homini non solum ad vitae necessaria procuranda, sicut aliis animalibus; sed etiam ad cognoscendum. Unde, cum cetera animalia non delectentur in sensibilibus nisi per ordinem ad cibos et venerea, solus homo delectatur in ipsa pulchritudine sensibilium secundum seipsam. Et ideo, quia sensus praecipue vigent in facie, alia animalia habent faciem pronam ad terram, quasi ad cibum quaerendum et providendum sibi de victu, homo vero habet faciem erectam, ut per sensus, et praecipue per visum, qui est subtilior et plures differentias rerum ostendit, libere possit ex omni parte sensibilia cognoscere, et caelestia et terrena, ut ex omnibus intelligibilem colligat veritatem. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.91, a.3 ad 3.

¹⁴ Cfr. *Ibidem*.

¹⁵ Cfr. *Ibidem*.

La corporeidad humana manifiesta su orientación al conocimiento y a la comunicación, signos de la vida amistosa, de tal manera que amistad y fecundidad son fines inscritos en el mismo cuerpo y conforman el centro y la cumbre de la vida humana.

Al hombre exterior pertenecen también las imágenes, producto de nuestras sensaciones, esculpidas en la memoria y contempladas en el recuerdo. En todo esto no nos diferenciamos del animal sino en que nuestro cuerpo es recto y no curvo hacia la tierra.

Pero así como nuestro cuerpo está naturalmente erguido mirando lo que hay de más encumbrado en el mundo, los astros, así también nuestra alma, sustancia espiritual, ha de flechar su mirada a lo más excelso que existe en el orden espiritual¹⁶.

Continuando este análisis, apreciamos que el cuerpo humano acusa una finalidad distinta al animal. El ser humano no es para un determinado hábitat. Para comprender la corporeidad humana, hay que considerar una nueva dimensión, que lo distingue radicalmente del resto de los animales: la corporeidad de un ser personal. Un cuerpo que expresa una identidad, incluso en el hecho de ser digno de llevar vestido. Ello significa que cuando estamos ante un cuerpo humano tenemos clara conciencia de que se trata de *alguien* y no meramente de *algo*, que estamos ante otro, porque es reflejo de la persona.

¹⁶ Quorum sensorum imagines infixae in memoria, cum recordando revisuntur, res adhuc agitur ad exteriorem hominem pertinens. Atque in his omnibus non distamus a pecore, nisi quod figura corporis non proni, sed erecti sumus. Qua in re admonemur ab eo qui nos fecit, ne meliore nostri parte, id est animo, similes pecoribus simus, a quibus corporis erectione distamus. Non ut in ea quae sublimia sunt in corporibus animum proiciamus; nam vel in talibus quietem voluntatis appetere, prosternere est animum. Sed sicut corpus ad ea quae sunt excels corporum, id est, ad caelestia naturaliter erectum est; sic animus qui substantia spiritualis est, ad caelestia naturaliter erectum est; sic animus qui substantia spiritualis est, ad ea quae sunt in spiritualibus excels erigendus est. San Agustín, *De Trinitate*, L.XII, 1, 1.

Es un cuerpo que admite un diálogo con otro, una comunicación de sí. Todas sus características físicas se orientan al encuentro personal. Signo de ello es la posibilidad de “sonreír a” y de “reír con”.

La corporeidad del macho no se explica sin la corporeidad de la hembra y viceversa. Sus cuerpos demuestran lo que les corresponde como seres humanos: el encuentro y la comunión con otro, al punto que pueden estar simultáneamente el uno en el otro. Tratándose de seres compuestos, tal como se nos revela en su constitución física, ese encuentro no termina con el contacto físico entre dos, pues es gesto de un ser que posee un grado de ser personal. El encuentro físico entre dos personas de distinto sexo implica algo más.

Pensemos en la mirada. Ella manifiesta la presencia de ese interior. Sin embargo, aunque perciba la interioridad del otro en su mirada, no puede acceder a ella por sí misma; es incapaz de descubrirla sin que el otro se la revele con verdad. La interioridad se muestra exclusivamente a través de la palabra verdadera y es impenetrable para otro hombre en aquello de más íntimo. Sólo se conoce cuando es comunicada más allá de una mirada sincera y reveladora. En síntesis, descubrimos lo que somos a otros si hablamos con verdad de nosotros mismos. Por esa interioridad comprendemos que estamos ante alguien, y no ante algo, digno de ser mirado y escuchado. En el hombre, el cuerpo expresa inequívocamente que es un ser que trasciende la materia; por ende, es el más noble de todos los cuerpos.

Como consecuencia de aquello, todos los cuerpos distintos al hombre se le subordinan para servirle, incluso los más fuertes; los utiliza con el fin de suplir su debilidad física y llevar una vida mejor¹⁷. Gracias a su racionalidad, el ser humano es capaz de invertir el orden que se da entre los demás seres, por cuanto en el orden irracional los más fuertes se sirven de los débiles en sentido físico, pero el hombre utiliza a todos dada su superioridad metafísica¹⁸.

¹⁷ Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Summa contra gentiles*, L.III, c.22.

¹⁸ Cfr. *Ibidem*.